

IMPERIO

***La forja de España
como potencia mundial***

D. Henry Kamen

Historiador e hispanista

Procedencia del texto

El Correo Digital

Aula de Cultura Virtual

ΩΩΩ

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

Verano

2009

Ω

Bilbao, 17 de marzo de 2003

Antes de nada, querría comentar la entrevista que me hicieron en el periódico de ayer, porque está muy relacionada con lo que yo quisiera explicarles y aclararles hoy aquí. Ya en el titular se recogía una afirmación mía que más tarde comentaré, «La idea de que España conquistara un continente como América hace reír», y efectivamente es chocante; sin embargo, debo decir que lo que en realidad me hizo mucha gracia fue la pregunta del periodista, quien me planteaba extrañado si entonces no era cierto que los españoles habían conquistado América.

¿Se pueden imaginar ustedes, que conocen la inmensidad de los espacios americanos, a un pequeño grupo de españoles, 30, 50 ó 500, llegando a las costas de El Caribe y conquistando de golpe toda América? Pues lo cierto es que yo lo veo un poco difícil, aunque también lo es que se repite la historia con todos los imperios; así, los británicos también hablaban en sus manuales de historia sobre la conquista británica de la India, que evidentemente existía sólo en su imaginación, y de la conquista de América, cuando el territorio máximo de que disfrutaban era Nueva Inglaterra. O sea, que partimos del problema de que en todas las naciones, tanto en Inglaterra como en España o en otras muchas, los logros del pasado se han distorsionado y exagerado convenientemente hasta límites insospechados. Por eso, la intención de mi libro no es repetir lo que todos saben ya sobre la historia de España; es más, ni siquiera trata exclusivamente acerca de ésta. Abordo la historia del Imperio español, lo que cambia ligeramente las cosas.

Asimismo, tampoco se trata de una historia como la aprendida en los colegios durante esas pesadas lecciones que aguantábamos dormitando, sino de la narración de la más asombrosa aventura que el mundo occidental haya conocido, del primero de los grandes imperios territoriales europeos: el Imperio de España. En concreto,

cuenta cómo uno de los países más pobres de Europa se convirtió en la nación más poderosa del mundo.

Sé que esta afirmación que acabo de hacer ya es del todo dudosa, puesto que no puede suceder que un país pobre se convierta en el país más poderoso del mundo -he aquí el primer problema-. Es decir, los países pobres no suelen poder convertirse en poderosos. No obstante, lo imposible ocurrió en el caso de España, por lo que fueron los propios españoles los que quedaron totalmente asombrados ante el éxito de su pequeño país. Y de ello queda constancia en los comentarios de los escritores de la época, que reflejaban su orgullo y sorpresa al respecto.

Francisco Ugarte de La Hermosa, por ejemplo, dijo a mediados del XVII: «Desde que Dios creó el mundo, no ha habido otro imperio en él más dilatado que el de España, porque desde que sale el Sol hasta que vuelve a salir está alumbrando tierras de esta gran monarquía, sin que en toda su carrera falten a su luz un solo instante tierras de este gran monarca».

Y otro autor de la época de Felipe II, Pedro Salas Mendoza, afirmaba: «La monarquía de España abraza la tercera parte del universo, y sólo su América o Mundo Nuevo es tres veces mayor que Europa. El imperio de España es más de 20 veces mayor que lo que fue el romano».

Entonces, estas citas ilustran a la perfección que la mayoría de los españoles siempre consideraron al Imperio, que llegó a ser 20 veces mayor que el romano, un gran logro que ellos habían creado con sus propias manos y del que, por ello, debían sentirse orgullosos. Un sentimiento de orgullo que todavía existe en la mente de muchos españoles que aún viven en el pasado, unos cinco siglos atrás, pero que, como el gran erudito e historiador español y castellano Ramón de Grande decía, no creo que tenga un lugar en la escena.

«Si contemplamos la magnitud de la hegemonía española y no nos reprochamos la pobreza que contribuyó a engendrarla -comentaba-, no por eso hemos de incurrir en la vanagloria».

Así que, en resumen, hay problemas con respecto a nuestra percepción de este Imperio. ¿Fue una creación española y, por tanto, nuestro orgullo es justificado? La verdad es que lo que sucedió ocurrió hace muchísimos años y no tiene ninguna conexión con la vida de hoy. El Imperio dejó de existir hace más de 200 años, o incluso muchos más siglos si calculamos de otra manera, por lo que sería fútil polemizar sobre él. Por eso, en vez de buscar polémica, creo que es mejor que dediquemos nuestro tiempo a analizar algunas cuestiones muy sencillas pero también muy importantes que, por cierto, no son únicamente aplicables al caso del Imperio español, sino también a todos los imperios, sea cual fuere el tiempo en el que surgieron y se desarrollaron.

Y digo esto porque al hacer el presente estudio algunos comentaristas españoles que querían discrepar de alguna opinión mía me achacaban que sólo criticaba a los suyos, cuando en absoluto es así. Sé y afirmo que los ingleses hicieron lo mismo, lo reconocía al principio, o incluso los franceses, lo que pasa es que he dedicado este libro a España, y no al imperio francés o al imperio británico - queda por hacer otro libro más sobre otros imperios, pero yo no dispongo de energía ni de años para escribirlo-. Así todo, esto no quita, ya digo, para que lo argumentado en este libro se pueda aplicar también a todos los imperios, tanto si son críticas como si son elogios.

Y aclarado esto, dejen que empiece con la cuestión principal, arriba citada: ¿cómo pudo un país tan pobre como España crear un imperio como el que tuvo? En primer lugar, debemos conocer que imperio es un término referido a un conjunto de territorios con un único rey. Pues bien, éste llegó de golpe, con la herencia de Carlos V. Es decir, de pronto las coronas de Castilla y Aragón se implicaron en una tarea internacional, o intranacional, por la que debieron hacer frente al control de muchos territorios que no habían adquirido a través de conquistas, sino por derechos de herencia.

Además, siendo un país pobre como era, no pudo hacer esto sin la ayuda de los demás. Y entiéndame bien. Esto es como cuando en mis clases, para explicar cómo se convirtió España en cabeza de un imperio tan enorme de golpe y porrazo, suelo preguntar a mis alumnos qué harían si una buena mañana recibieran, ellos, que no

tienen mucho dinero, la noticia de que han heredado un castillo enorme en las llanuras de Escocia cuya manutención cuesta millones y millones de euros. Todos, sin excepción, suelen contestarme que no aceptarían esta herencia, porque sería imposible de mantener. Pues bien, exactamente lo mismo sucedió con España, y si ustedes han entendido esta situación que acabo de exponerles, entenderán también muy fácilmente el problema que surgió entonces.

Claro que, por otra parte, este país pobre convertido en un imperio sólo por la herencia de la dinastía austríaca de los Habsburgo pudo montar un gran negocio multinacional gracias a una sola cosa: el descubrimiento de la plata de América a mediados del siglo XVI. Es decir, que el verdadero factor de creación de este Imperio no fueron los soldados de España, sino la plata americana, gracias a la que el país pudo financiar los gastos que de otra manera, y dada su pobreza, no hubiese podido afrontar.

Así que durante los reinados de Carlos V y Felipe II nos encontramos con un Imperio que no nace a raíz de conquistas, del envío de soldados a otros territorios para ocuparlos, sino de una herencia, insisto, que costó gracias a dicha plata. Sólo de esta manera pudo pagar a la parte de ejército italiano, el armamento procedente de Milán (que fue el centro más importante de la industria de armamentos de Europa), los barcos procedentes de Francia, a los esclavos de África y a los oficiales militares de Flandes (que en aquel momento era el lugar que más soldados y generales proporcionaba al resto del Continente). Entonces, aunque pobre, España tenía una fuente continua de riquezas procedentes de las ricas minas de América.

Esto se aprecia, sin ir más lejos, en hechos como el que les relato a continuación. En 1535, Carlos V llevó a cabo la expedición más gloriosa de su carrera en la costa norteafricana: la conquista de Túnez. Y a pesar de que, por supuesto, España tomó parte en esta vasta expedición, ya que aportó aproximadamente la mitad de los 50.000 soldados que se requerían, por lo demás tuvo carácter internacional, porque el país no tenía más que estos soldados, y de las 82 galeras equipadas para la guerra de Túnez sólo el 18% procedía de España. Además, los oficiales del ejército no eran únicamente españoles, sino que estaba presente en él la crema de la nobleza de

Italia y de Flandes (esta última, por ejemplo, participaba de las glorias de su emperador en la costa de Túnez). Y lo que es aún más importante: el dinero para la expedición no era español, porque el gobierno de España no tenía ni un duro. Entonces, ¿quién pagó la factura de Túnez? Pues si nos fijamos en la fecha en la que todo esto sucedió, 1535, sabemos que fue dos años después de aquel acontecimiento tan interesante de los Pizarro en el Perú, de la captura de Atagualpa y, por consiguiente, de su tesoro. Así que aquí mismo tenemos la respuesta a tal enigma: fue el gran tesoro hincado de Atagualpa el que llegó a tiempo a la Península para pagar todas las ayudas solicitadas por el emperador para su expedición.

Y ya que hemos mencionado la presencia de italianos y holandeses en Túnez, destaquemos también cómo se beneficiaron los españoles de su ayuda. Efectivamente, España pudo llevar a cabo su empresa gracias a la colaboración de élites y de banqueros en su mayoría procedentes de Italia y del norte de Europa, no de España, que querían participar en las ganancias, así como a la colaboración de generales que nuevamente procedían de países extranjeros tales como Francia, Holanda o Alemania. Y si todos éstos participaban en la consolidación del Imperio no era más que porque, entre otras muchas razones que no se pueden explicar en unos cuantos minutos, tenían una cosa en común: que reconocían en Carlos V a su amo, a su rey. Eso explica, entonces, que quisieran participar voluntariamente en la gran aventura del Imperio que nosotros llamamos «español» pero que en aquella época era de todos. En definitiva, España, como menciono en una de las páginas del libro, era un país pobre que dio el salto a la condición imperial porque a cada paso recibió la ayuda del capital, la experiencia, los conocimientos y la mano de obra de otros pueblos asociados. Esto explica, por lo tanto, esto que decía yo hace nada acerca de que la gran mayoría de los soldados de la época imperial y hasta el siglo XVII, casi XVIII, eran italianos, y no españoles.

En conclusión, debemos tener claro que si las reglas de formación de un imperio son las mismas para todos, no sólo para el español, y extrapolables a otros, lo cierto es que todos participaron en la creación del último, y no hay que olvidarlo. Por supuesto que también dentro de lo que ahora entendemos por España hubo mucha ayuda.

Castellanos, vascos y andaluces aportaron su propia y singular contribución (no así los catalanes, todo sea dicho), y gozaron del honor de ser los gestores de la empresa. No obstante, la empresa no fue concebida ni realizada únicamente por y para España, insisto, sino por muchos más que se sentían parte del Imperio.

Y precisamente a propósito de esto establezco en el libro la comparación entre dicho Imperio y una empresa cualquiera de la que todos sus trabajadores forman parte y cuyos directores son españoles, aunque no así el jefe principal, Carlos V, perteneciente a los Austrias.

Sea como fuere, el caso es que uno de los primeros principios de toda empresa tan vasta como un imperio es que desde luego su consecución no se puede lograr con las fuerzas de un solo país. Y dicha regla, que es fundamental, rige toda la historia, incluso a los romanos, pero aún más en el caso español. Sé que muchos de los que hemos sido educados en la historia puramente nacionalista, esto es, tradicional y evidentemente española, encontraremos difícilmente aceptable que un imperio debe ser de todos; sin embargo, debemos rendirnos ante la evidencia, porque desde luego es indiscutible que no sólo participaron los españoles.

Claro que también se puede alegar otra objeción a la que hacía referencia al principio y que igualmente es consecuencia de ese modo de estudio de la historia, y es que si todos los imperios se forjan tras la conquista de numerosos territorios, desgraciadamente, este argumento no es válido para España. Efectivamente, tenemos la idea equivocada de que el Imperio español nace de la conquista porque en cuanto usamos el concepto de imperio pensamos en el de Alejandro Magno o en el de los césares romanos, y creemos que aquél fue igual. Es decir, que la historia tradicional ha cometido el error de hacernos creer que como la pobre España no tenía nada, su éxito se produjo porque se lanzó a la conquista de territorios.

Así, desde ese prisma equivocado, se nos cuenta que gracias a la conquista de Granada los españoles descubrieron la fuerza necesaria para decidirse a conquistar otras partes del mundo, América, Africa y demás. Pero nada más lejos de la realidad. Sí que entonces, y por derivación, podríamos plantearnos si conquistó Italia el

gran capitán Pirro, o si Cortés conquistó Méjico, o incluso si conquistó España las Filipinas, y si es cierto que deberíamos detenernos igualmente en estas cuestiones para aclarar ciertas cosas, también lo es que en el caso que ahora nos ocupa, a medida que iba preparando mi libro, tenía cada vez más claro que la versión dada por la historia tradicional sobre el Imperio español efectivamente era errónea.

Desde luego, el gran imperio mundial de los Estados Unidos actuales no se basa en la conquista, y lo mismo se puede afirmar, repito, en el caso español. Ni un solo ejército del país fue empleado en la conquista del Nuevo Mundo, y de hecho no tenemos la presencia de soldados militares españoles en América hasta 1766. Los españoles consolidaron su dominio allí sobre todo a través de pequeños grupos de aventureros tales como Cortés o Pizarro, sí, pero siempre ayudados por cientos de miles de indígenas.

Así que aquí tenemos otro dato sumamente relevante y que debemos subrayar: la aportación de los indígenas. Es decir, como señalo en el libro, la población india supuso una parte tan importante en la creación del imperio americano que incluso podría llegar a afirmarse que fue ésta la que creó el Imperio español en el Nuevo Mundo. Con ello, no quisiera minimizar el asombroso arrojo de los conquistadores, porque evidentemente sería injusto; no obstante, también es esencial recordar que los éxitos militares españoles fueron posibles únicamente gracias a la ayuda de los nativos americanos. En definitiva, la conquista de algunos indígenas americanos por otros indígenas americanos sentó las bases del Imperio español, y esto que para un lector general quizás sea una novedad lo saben desde hace tiempo los historiadores profesionales.

Entonces, llegados a este punto, quisiera recordarles que al tratar de explicar el verdadero papel de los españoles estoy tratando de huir de la mitología que ha elaborado el imperialismo nacionalista para todas y cada una de las naciones, para todos y cada uno de los imperios, no ya únicamente para el español.

Por ejemplo, una perdurable leyenda creada por dicha mitología acerca del primer imperio atlántico era la capacidad sobrehumana de los conquistadores, algo fácil de leer en todas las crónicas de los

españoles del siglo XVI. Así, Cieza de León, uno de los primeros cronistas y testigo personal de los acontecimientos del Perú, comentaba: «¿Quién podrá contar los nunca oídos trabajos que tan pocos españoles en tanta grandeza de tierra han pasado?». Vargas Machuca, veterano de la frontera americana, afirmaba: «Hernando Cortés, con menos de 1000 infantes, rindió un gran imperio como el de la Nueva España». Y Quesada, por su parte, escribía: «Con 160 españoles ganó el nuevo reino de Granada». O sea, que es evidente el tipo de visión que tenían y que hoy es francamente inaceptable por parte de todo historiador que se precie, porque, respondiendo así a alguna de las preguntas que antes dejaba abiertas, la ciudad de Méjico no fue conquistada ni por Hernán Cortés ni por sus 900 hombres, sino por los casi 300.000 indios de Trascala y otras ciudades que auxiliaron a Cortés por voluntad propia y que se unieron a él en todas las áreas.

Es más, incluso se puede corroborar que quienes formaban tan sólo una pequeña parte del esfuerzo militar en dichas áreas de la empresa española eran los propios españoles. No en vano, existe un hito histórico que sirve para aportar un dato más a favor de esta hipótesis y que, de hecho, me llevó a preparar el libro. Se trata de la famosa batalla de San Quintín, en Francia, en 1557, que supuso la victoria militar más gloriosa de Felipe II y, consecuentemente, de la época imperial.

¿Qué sucedió allí? Que las tropas españolas representaban un 12 % del ejército, que casi la totalidad de los comandantes y oficiales eran de otros lugares y que casi todas las facturas de la batalla fueron pagadas por los holandeses. Esto demuestra lo que vengo argumentando y que, efectivamente, debemos analizar los acontecimientos a fondo para no repetir las versiones clásicas aprendidas en las escuelas, porque lo cierto es que el poder militar español tuvo un papel limitado en cada etapa de la creación del Imperio.

No obstante, me gustaría hablarles, antes de finalizar, de otro de los argumentos clave desarrollado en mi libro. Es el relacionado con la colaboración entre la gente, ya que Castilla y los reinos españoles destacaron por su impresionante capacidad para aprovechar los recursos de otros. Así, al igual que hoy en día colaboramos con el imperio norteamericano cada vez que compramos una ham-

burguesa o bebemos una cocacola, todos colaboraron entonces por el bien de la empresa imperial. En el siglo XVI, las elites napolitanas, genovesas, borgoñonas, flamencas, de los nahuas de Méjico, peruanas, chinas y japonesas ofrecieron una colaboración voluntaria cuyo esfuerzo común obtuvo importantes frutos para el comercio del Mediterráneo y para España. Sin ir más lejos, la plata de Potosí, de Bolivia, convirtió a Sevilla en la metrópoli del Oeste, por lo que dicha ayuda estimuló el crecimiento económico no sólo de España, sino también de toda Europa occidental. De tal forma que la construcción naval y el comercio peninsular atrajeron a mercaderes de toda la cristiandad y adelantaron la inmigración de pequeños grupos de españoles a todos los rincones del globo. Es decir, que, en definitiva, aquella empresa cooperativa unió a los españoles y comenzó a darles un propósito común, y ésta es una de las razones para creer y admitir que no fue España la que creó el Imperio, sino el Imperio el que creó España. La sensación de pertenecer a otra gran realidad internacional otorgó a los españoles la oportunidad de compartir, sufrir y experimentar con los demás, y gracias a todo esto España experimentó un periodo de bienestar y grandeza en el siglo XVI.

Claro que este periodo de éxito se debía en gran parte a otras naciones, porque, a pesar de todo, la nación de España no tenía la infraestructura necesaria para reforzar su papel como gran potencia. Para que se hagan una idea, sólo en el reinado de Felipe II, en lo referente a la artillería, a las armaduras, a la pólvora, a las balas de cañón y a los arcabuces, España dependía casi totalmente de las importaciones. Así, únicamente para aplastar la sublevación de los moriscos, tuvo que importar casi el 90% de su armamento de Milán (que por suerte formaba parte del Imperio), porque el estado español no tenía nada de esto. Por tanto, el gobierno del país tuvo que contar con la cooperación de sus socios imperiales, y la verdad es que, visto desde el prisma actual, esta colaboración económica se puede considerar el primer ejemplo de globalización, porque el Imperio español era una empresa internacional en la que participaban muchos pueblos.

Y dicha globalización tenía como característica principal que España proporcionaba, mediante sus gastos en defensa y comercio,

los fondos que sostenían la economía imperial. Es decir, que toda la plata fue a parar a otros países. La Península Ibérica contaba por sí sola con pocos recursos humanos interiores y el Imperio utilizaba su plata para adquirir bienes y contratar los servicios de los especialistas extranjeros, así que, por vez primera en la historia, un imperio internacional integraba a los mercaderes del mundo en una interminable cadena comercial que permitió el intercambio de productos, enriqueció a los comerciantes y globalizó la civilización. Los esclavos africanos llegaban a Méjico gracias a España, la plata mejicana llegaba a China gracias a España, las sedas chinas llegaban a Madrid gracias a España, etc. En el siglo XVII, el mundo colaboró en el esfuerzo de apoyar a España, y gracias a la colaboración de todos estos pueblos el Imperio crecía y la economía española florecía. Es decir, que éste existió y subsistió gracias al esfuerzo internacional, en definitiva.

Ahora bien, si todos sabemos algo del heroísmo de los españoles durante la primera época del Imperio, no menos impresionantes que los logros de los conquistadores fueron los de un puñado de aventureros españoles e indios que se internaron hacia el desconocido corazón del Nuevo Continente, de América. Un ejemplo muy especial de heroísmo fue el de aquellos hombres, y también algunas mujeres, que arriesgaron sus vidas cruzando el Pacífico. Desde mediados del siglo XVI, los españoles de las Filipinas mantenían sus lazos con el mundo europeo a través de los viajes de un navío comercial, el famoso Galeón de Manila. Sus travesías son únicas en la historia universal, pues cruzó el Pacífico por primera vez en 1565 y, por última, en 1821; esto es, durante dos siglos y medio, toda la vida del Imperio español.

Además, dichos viajes se realizaban casi sin descanso y eran peligrosos y solitarios, porque recorrían el vasto océano y su duración era de cuatro o cinco meses, más o menos, sin tener otro contacto con la gente que el habido en el propio barco. Cuando llegaban a Acapulco organizaban una feria y ponían a la venta los artículos transportados, y allí cargaban sus bodegas de plata y pasajeros para atravesar de nuevo el Pacífico en el mes de marzo.

Muchos de los barcos de la flota desaparecieron por completo en el Pacífico puesto que, como digo, el viaje desde Manila era la nave-

gación continua más larga del mundo y, por tanto, siempre se veía acompañado de una gran mortandad. Por no hablar del alto riesgo de tormentas en alta mar que corrían, respecto a lo cual hay muchos casos terribles de desaparición, como el del barco Santa Margarita, que en 1600 fue sacudido por varias tormentas y, en consecuencia, en ocho meses sólo consiguió llegar a las islas Marianas desde Manila, con tan sólo 50 hombres vivos de los 260 que llevaba a bordo. O como el San Antonio, que en 1603 transportaba el cargamento más valioso conocido hasta esa fecha y el océano se lo tragó sin más en algún lugar desconocido del Pacífico. O como un barco que en 1659 llegó a Acapulco desde Filipinas tras más de 12 meses en el mar, con lo que sólo llegaron cadáveres porque todos habían muerto.

Pero dejemos estas anécdotas a un lado porque, para concluir, quería dirigir unas pocas palabras tanto a los primerizos en la historia de España como a los que han aprendido una historia clásica y ahora se sorprenden con las nuevas interpretaciones de la historia del país. En primer lugar, deben tener en cuenta que la función del historiador es descubrir la verdad, no encubrirla. Al estudiar la historia descubrimos una evidencia y nuevas maneras de entender el pasado, y si privamos a los españoles del monopolio de la gloria de haber creado un imperio, también les eximimos del monopolio de la culpabilidad.

Piénsenlo. Así, deja de existir de golpe la leyenda negra, por lo que entonces los malos no sólo fueron Cortés y sus hombres, sino muchos más, como los mejicanos que les ayudaron, por ejemplo. Y por esa misma regla de tres, no sólo los españoles fueron culpables de lo malo que sucedió en Europa, sino también, y quizá más, los italianos, los holandeses, los alemanes y hasta algún inglés, loco y católico, aunque me cueste decirlo, que estuvo en la Gran Armada y que quería luchar por España contra Inglaterra.

Con todo ello, quiero decir que a pesar de que la historia del Imperio español es muy apasionante, sólo algunos pocos han intentado estudiarla. Por supuesto que hay excepciones como las de ciertos autores norteamericanos, cuyos libros sobre el tema son toda una notoriedad. No en vano, ¿quién fue el primer historiador que analizó el desastre demográfico ocurrido después de la llegada de Co-

lón, esto es, la desaparición de millones de indios? Un norteamericano. ¿Quién fue el primer historiador que estudió la vida de Bartolomé de Las Casas? Un norteamericano. ¿Quién fue el primero en estudiar el impacto ecológico de la presencia española? Otro norteamericano. Entonces, lo que quisiera dejar bien claro es que ya es hora de que nosotros empecemos a estudiar nuestra propia historia, a estudiar las raíces de nuestro propio pasado. Desde luego, es una historia difícil pero fascinante, y espero que mis palabras sirvan de inspiración a quienes me escuchan y se dediquen a estudiarla.

F i n

[Biblioteca Virtual Omegalfa](#)